

Autoayuda: ¿el futuro de la filosofía? Reflexiones a propósito de Lou Marinoff

Josep Pradas¹

Resumen. El autor realiza una revisión de la casi eterna crisis de la filosofía, en esta ocasión acudiendo al análisis de un género literario hoy en alza: el ensayo de autoayuda. Cuando todos los medios de comunicación de masas contribuyen al creciente arrinconamiento del pensamiento filosófico y su difusión pública, algunos filósofos asumen este popular género como medio de superar las barreras habituales, y los hay que consiguen cierto éxito, pero a costa de un precio que el autor considera que la filosofía no debe pagar. Es el caso de títulos como *Más Platón y menos Prozac*, de Lou Marinoff. No se puede negar la función consoladora de la filosofía, con numerosos ejemplos de su pasado glorioso, pero el autor cree que el recurso al género de la autoayuda es pernicioso para el futuro de la filosofía, y que es mejor resistir en las trincheras del rigor el paso de esta etapa de desdén hacia ella.

Los filósofos y, en general, quienes practican las humanidades se mueven en el siguiente contexto: en el horizonte se vislumbra la más que probable neutralización de la ya reducida influencia de nuestro saber en la sociedad, en la formación de la cultura colectiva, en la planificación política y económica, y en casi todos los ámbitos de lo social. Puede haber un cierto consuelo en la casi absoluta ausencia de la filosofía en el medio televisivo, porque así evitamos verla comparada con cualquier otro subproducto de la cultura contemporánea. También es motivo de consuelo ver que la prensa escrita todavía se interesa por la literatura filosófica y le dedica los espacios convenientes, pero es vano consuelo porque la prensa escrita apenas interesa al gran público, salvo por los suplementos dominicales, la información deportiva y las páginas de cine y televisión. Para agravar esta situación, la prensa convencional está seriamente amenazada por otro subproducto de gran éxito: la prensa gratuita, de pequeño formato pero de gran difusión. No hay que

¹ Miembro del SFPUB.

desdeñar esta innovación periodística, no sólo porque compite con la prensa de pago, sino sobre todo porque parece querer realizar la idea ilustrada de universalización de la cultura, sobre la base de la gratuidad, pero la falta de calidad de sus contenidos trastoca todos sus buenos propósitos y descubre en ellos un simple ánimo de lucro.

La filosofía ha de afrontar ahora una nueva amenaza que se cierne sobre su ya mermada estabilidad en el orden cultural colectivo; esta vez se trata de una amenaza desde dentro: la deriva hacia el género de la autoayuda. Es una amenaza en dos sentidos: por un lado, porque reconsidera el valor práctico de la filosofía, pues transmite el mensaje de que la filosofía sólo puede tener futuro si se presenta como una actividad útil, instrumental, como un medio para un fin; por otro, porque propone un cambio de orientación literaria en la expresión del pensamiento filosófico.

La crisis de la cultura occidental sirve para justificar este movimiento: parece que todo el mundo necesita saber qué es la felicidad y cómo alcanzarla o, en caso de no lograrlo, cómo encontrar cierto consuelo. Antecedentes no faltan, como el texto de Boecio, *La consolación de la filosofía*, escrito en la cárcel a principios del siglo VI d. C. Pero esta deriva hacia el género de la autoayuda en la divulgación filosófica responde a unas necesidades prácticas que no existían ni en la época de Boecio ni hace cincuenta años.

LA AMENAZA INSTRUMENTAL

En cierto sentido, es connatural a la filosofía su pretensión de ayudar a los hombres, su orientación a la praxis como forma de mejorar su existencia, ayudando a los humanos a organizar su vida personal y social para desarrollar al máximo sus potencialidades vitales. Así que no es preocupante que la filosofía se constituya como un medio para un fin que ella misma establece. Pero en este contexto no hay que olvidar que toda utilidad es sospechosa de convertirse en servidumbre, y que en muchas ocasiones los fines marcados por la filosofía han estado en concordancia con intereses políticos y con deudas de clase no siempre conscientes en el pensador que los formulara. A estas alturas, el futuro de la filosofía pasa por mantenerla

libre de toda sospecha, independiente de intereses políticos, radicalmente crítica consigo misma, y fundamentalmente inútil.

La idea de que la filosofía es una cosa inútil es bastante antigua. Platón la esgrime en boca de uno de los antagonistas de Sócrates, en el diálogo *Gorgias*. Calicles reprocha a Sócrates que se dedique a la filosofía, tan viejo como es, cuando es ésta una actividad propia de adolescentes (la *edad metafísica* por excelencia). Los adultos, viene a decir, han de sentar la cabeza y dedicarse a las cosas prácticas, entrar en el juego de la política, en los negocios, y abandonar la pueril discusión de conceptos que no lleva a ningún lado; la filosofía está en las antípodas de la vida activa, de la práctica de la vida, de los negocios públicos y privados. De alguna manera, Platón señala la distancia que se establece entre la práctica de la filosofía y la práctica vital: hay en la filosofía un cierto desdén infantil por las cosas inmediatas, productivas y útiles (Platón, *Gorgias* 484c).

Pero no se trata, ciertamente, de un desdén absoluto de la filosofía hacia lo mundano. Muchos filósofos han creído en la posibilidad de influir en la sociedad y la política de su tiempo. Platón mismo se embarcó tres veces en la aventura de educar a un rey para convertirlo en filósofo, aunque fracasó estrepitosamente. Toda la tradición marxista, por poner un ejemplo más cercano, sigue la idea de que la filosofía ha de ser una representación correcta del dinamismo social en la historia, pero además orientada a transformar la vida social, política y económica.

Sin embargo, incluso cuando parecen tener éxito político, la influencia real de las ideas filosóficas resulta ser bastante escasa y no consiguen cambiar nada en profundidad. Más bien, tal y como Platón pudo constatar, y hoy nosotros podemos comprobar al respecto de lo que fue y ha sido el proyecto socialista en sus más variadas realizaciones, la realidad mundana acaba traicionando a la filosofía. Los políticos asumen ocasionalmente las ideas que la filosofía genera, y las aprovechan en su favor hasta que la realidad práctica les obliga a tomar otras ideas o a deshacerse de todas ellas y atender sólo a las necesidades imperiosas de la conservación del poder.

Es posible que antaño la filosofía pudiera tener mayor peso que ahora sobre quienes gestionaban el orden social. No se puede negar que hay innumerables ejemplos de ideas filosóficas que sirvieron para

impulsar movimientos sociales o reformas políticas concretas, fracasaran o no al cabo de cierto tiempo. Pero la situación ha cambiado por completo: de aspirar a transformar el mundo, la filosofía pasó a esperar comprenderlo y hacer oír su voz en la feria de las culturas y concepciones del mundo. Después de decenios de interés filosófico por cambiar el mundo, período que cubre desde Marx hasta el fracaso de las experiencias derivadas del marxismo, *grosso modo*, la filosofía está ahora en plena fase de intentar entender el mundo desde el giro lingüístico, tarea de carácter hermenéutico que intenta resituar a la filosofía en alguna función reconocible por el resto de las disciplinas teórico-prácticas, no siempre con éxito. Hace cinco décadas todavía tenía una voz potente, pero es evidente que hoy sufre una impresionante afonía, y apenas puede competir con otras voces, más atractivas y con mayor resonancia en los medios de comunicación.

La filosofía no trasciende su ámbito particular, que es casi enteramente académico, y sus productos están mucho tiempo circulando por el espacio mediático sin encontrar una recepción adecuada y amplia. La actividad filosófica intenta referirse al mundo, pero no logra comunicarse con él, sino sólo generar una discusión interna que apenas interesa fuera de su espacio de discusión, que en líneas generales coincide con el espacio académico. Hoy, quienes influyen con efectividad en la colectividad son los agentes económicos y sus colaboradores mediáticos, es decir, los publicistas. Ellos son los más eficaces generadores de cultura, el motor ideológico de una potente dinámica social: el consumo de masas. Lo advirtieron muy claramente Deleuze y Guattari en su ensayo *¿Qué es la filosofía?* (Barcelona, Anagrama, 1993).

La filosofía no puede competir en este terreno. A la gente le gusta comprar, pero no pensar. Pensar es cansado, requiere un suplemento de esfuerzo que no exigen otras actividades, como pasear por un supermercado, leer una novela de moda o mirar la televisión. Contemplamos a Sócrates en esforzada pugna con el prejuicio que se extiende sigilosamente por todas partes y que acaba imponiéndose; Sócrates perdió todas las batallas dialécticas, aunque Platón casi siempre le mostrara vencedor, porque el prejuicio nunca se da por vencido. Es mucho más atractiva la mecánica esponjiforme, la absorción pasiva de conceptos ya masticados y digeridos por el medio que los transmite.

LA AMENAZADA DE LA AUTOAYUDA

La mayor amenaza para la filosofía es que su expresión literaria se ha decantado por una variante filosófica del género de la autoayuda. La divulgación filosófica se canaliza a través de este género como solución para conseguir lectores y ganar cuotas de mercado. Naturalmente, el éxito en el mercado no implica que el contenido sea despreciable. Hay obras de divulgación filosófica que han conseguido gran popularidad debido precisamente a que nunca han renunciado a la calidad, aunque la divulgación supone necesariamente rebajar el techo del edificio. *El consol de la filosofía*, de Alain de Botton (2000, Barcelona, Suma de Lletres Catalana, 2002; en castellano, editado por RBA, Barcelona), o *El món de Sofia*, de Jostein Gaarder (Barcelona, Empuries, 1997) representan impecables ejemplos de divulgación filosófica de calidad, atractiva para el gran público y útil en la tarea de crear interés por una disciplina que generalmente aleja a los potenciales interesados gracias a una ingente serie de prejuicios sobre los hábitos intelectuales y literarios de los filósofos.

El caso de Lou Marinoff, sobre todo en sus dos primeras obras, *Más Platón y menos Prozac* (1999; editada en castellano por Suma de Letras, Madrid, 2001) y *Pregúntale a Platón* (2003; editada por Ediciones B, Barcelona, 2004), representa todo lo contrario, y sirve de ejemplo de cómo la divulgación filosófica bajo el género de la autoayuda constituye una amenaza para el futuro de la filosofía, a pesar del éxito de ventas que pueda conseguir bajo este disfraz. En estos textos el autor desarrolla una casuística alrededor de problemas humanos y mundanos, que contrapone a las enseñanzas de los filósofos occidentales y orientales de todos los tiempos. Marinoff se presenta como un asesor, consejero o consultor filosófico, en competencia directa con psicólogos y psiquiatras, para dar salida a los problemas que particulares y empresas pueden plantearse en esta época de gran sensibilización espiritual. Al final de ambas obras hay un apéndice con un listado de asociaciones de profesionales de la consultoría filosófica de Estados Unidos y de todo el mundo, con teléfonos y direcciones de contacto. Los subtítulos que aparecen en el interior de estas obras no dejan lugar a dudas sobre su orientación hacia la autoayuda: "Ocho formas en que la filosofía puede cambiarle la vida", "¿Es necesario

sufrir?", "¿No podemos, simplemente, llevarnos bien?", "La construcción de su casa filosófica", "Mantener una relación", "Acabar una relación", "Mediana edad sin crisis", "El proceso PEACE: cinco pasos para enfrentarse a los problemas con filosofía", etc. En cuanto a la última de sus obras publicadas (*El ABC de la felicidad. Aristóteles, Buda y Confucio*. Barcelona, Ediciones B, 2006), aunque ha ampliado el foco de su perspectiva sobre los problemas humanos, Marinoff no abandona la misma orientación de sus obras anteriores al presentar soluciones a problemas concretos desde la perspectiva de autores concretos.

La filosofía debe ser algo más que autoayuda, tanto en cuanto a género como en cuanto a contenido. En la filosofía ha de haber un interés central por la totalidad, una aspiración a la totalidad no en sentido hegeliano, sino en tanto que la actividad filosófica genera una cosmovisión particular para cada pensador. Platón no nos interesa porque sea capaz de disminuir el estrés de quienes lo lean, sino por su particular cosmovisión; que pueda sustituir al Prozac redundaría sin duda en beneficio de la humanidad, para agravio de los laboratorios farmacéuticos, pero no es tal el principal punto de interés de un pensador. Marinoff, sin embargo, inclina la balanza expositiva hacia estos aspectos de la filosofía, mezclando a unos pensadores con otros según la conveniencia del caso a tratar. En sus manos, los problemas filosóficos encajan en una casuística, cada problema mundano tiene una posible explicación y respuesta consoladora en algún filósofo de la ya dilatada tradición filosófica occidental y oriental.

Al tomar a un filósofo, o dos, para cada problema o conjunto de problemas que se presentan a las personas en su vida cotidiana, Marinoff se enfrenta al sentido particular de cada cosmovisión filosófica. Contra la angustia, estoicismo, sugiere. Pero el estoicismo no era originalmente una fórmula para superar la angustia, sino una cosmovisión que, como consecuencia secundaria, permitía adoptar una actitud vital que atenuaba las causas de la angustia humana. El trabajo de Marinoff no tiene presente la debida atención a la totalidad del pensamiento filosófico.

Los actuales gestores de la cultura han concluido que la filosofía y la cultura humanística ya no tienen espacio en el mercado de la cultura global; que son un artefacto inútil en un mundo basado en la

producción, el trabajo y el consumo, que genera una determinada problematicidad en las personas sometidas a esta dinámica. Tal vez la divulgación de calidad tenga un éxito importante, como ocurrió con Gaarder y Botton, pero es probablemente el señor Marinoff acabe vendiendo muchos más libros que ellos dos juntos, e influyendo sobre las mentes de mucha más gente, ávida de respuestas a problemas muy concretos, casi técnicos. A pesar de analizar problemas muy concretos, el libro de Botton no cae en la casuística, nunca abandona el terreno teórico ni desmenuza el pensamiento de un autor para adaptarlo a casos particulares. Botton no renuncia a la totalidad, y quien lo lea ha de comprender las ideas del autor expuesto en su totalidad, ha de renunciar a su caso personal y afrontar lo universal. Semejante esfuerzo hace que los lectores de autoayuda acaben abandonando a Botton y acudiendo a Marinoff.

El horizonte hacia el que se dirige el mundo de la cultura deja un espacio muy reducido a la filosofía. Creemos, sin embargo, que incluso en un territorio hostil la filosofía resistirá aunque sea como depositaria de un espacio de reflexión no programable desde instancias políticas, como forma de enriquecimiento de la experiencia personal y de la perspectiva de contemplación del mundo y sus conflictos, contrapuesta al pensamiento mercantilizado y al mero consumo de cultura. Se espera que todo trabajo intelectual haya de tener como consecuencia la realización de la función que le corresponde, o será un trabajo meramente técnico. Y esa función consiste en contribuir al saber común o colectivo con una aportación no sólo creativa, sino también crítica y autocrítica.

La cuestión es saber si esta función puede desarrollarse hoy en las mismas condiciones que hace medio siglo. La función que Kant atribuyó a la filosofía en *La disputa de las Facultades* (1798) como rectora de las ciencias y la política se ha agotado, si es que alguna vez ha tenido efecto. Los profesionales no deberían asustarse: no es la primera vez que la filosofía es marginada en el seno de la academia. Además, ha habido grandes filósofos que no han recibido una formación filosófica específica o no han sido docentes, al menos en el sentido burocratizado que hoy tiene la docencia: Sócrates, Montaigne, Descartes, Spinoza, Hume, Marx, o Wittgenstein. Todos ellos fueron capaces del mayor rigor filosófico.

¿Qué deberíamos hacer los que nos dedicamos a la filosofía? Sencillamente, prescindir de los burócratas y gestores de la cultura, liberarnos de ellos y de su mercado profesional. Spinoza ha de ser un buen ejemplo para nosotros: pasó su vida puliendo lentes y mantuvo su pensamiento libre de ataduras profesionales y políticas. No necesitamos a los gestores para pensar, de la misma manera que la mayoría de la gente no necesita a los filósofos para vivir. Sin filosofía burocratizada, el mundo seguirá su camino sobrellevando sus conflictos sin resolverlos, como ha hecho hasta ahora.

Hay que plantearse cambios en el ejercicio de la función social del intelectual, porque su voz ha quedado anulada en el magma ensordecedor del circo mediático. Ha llegado el momento de cuestionarse si el medio o procedimiento adecuado para desarrollar la función intelectual es el mismo que sirvió en las últimas décadas del siglo XX, antes de la globalización informacional, cuando la voz del intelectual resonaba aún con fuerza y no tenía que competir con el griterío de los charlatanes culturales y los esbirros de la New Age, padres de la autoayuda.

Los que pretendemos desarrollar esa función intelectual tenemos la alternativa de retirarnos a nuestra torre de marfil antes que renunciar a pensar críticamente el mundo, armados de un buen telescopio para observar el mundo y pasar por el cedazo todo lo que construyen los gestores de la cultura para ofrecerlo a un público cada vez más ávido de circo. Es posible que esta actitud claramente purista aleje aún a más lectores, y acabe convirtiendo la filosofía en un género exclusivamente leído por filósofos, un género literario más pero sin intercambios con otros géneros literarios, un género literario más con una función diferente que otros géneros pueden asumir pero nunca como lo hace la filosofía. Este horizonte no es el mejor, pero no es nuevo. La filosofía ya ha pasado por etapas en que ha debido conciliar su función crítica con la retirada a una torre de marfil más o menos distante del mundo. La filosofía siempre ha tenido una torre de marfil donde esconderse cuando en el ágora era desdeñada. Sólo Sócrates vivió permanentemente en el ágora y se permitía el lujo de carecer de segunda residencia. Pero los suyos eran otros tiempos; hoy la filosofía ha de volver a utilizar el recurso de la resistencia, el refugio temporal o permanente, según manden las circunstancias.

Hoy, el denso tapiz de la saturación informacional impide la canalización adecuada de la función intelectual, y hasta impide desarrollar toda función crítica sobre el mundo, en tanto que se han generado enormes dificultades para identificar los hechos del mundo. La filosofía ha de seguir manteniendo ese compromiso con la función intelectual y el interés por la participación crítica en la construcción del conocimiento y su divulgación, pero ha de saber hacerlo al margen de la exigencias de la sociedad de la información, sin renunciar a sus ventajas pero sin adoptar las formas que el entorno mediático y el mercado exigen, es decir, sin desembocar en el género de la autoayuda.